Contra los puentes levadizos

ANTONIO BORDÓN

Llegar pronto, irse rápido

El 26 de mayo de 2012, Marina Keegan, una joven promesa de la literatura americana, falleció en un accidente de tráfico (su novio se quedó dormido al volante mientras la llevaba a casa de sus padres), dejando a todos los que la conocieron en estado de *shock*. Pocos días antes, se había graduado en la Universidad de Yale, donde estudió Escritura Creativa, y, según dicen, iba a empezar a trabajar para la revista *The New Yorker*, donde hicieron sus primeros pinitos como escritores Truman Capote, J.D. Salinger o John Updike. También dejó un libro póstumo, *Lo contrario de la soledad*, que la editorial Alpha Decay publicará a final de marzo. Y es que la joven escritora había conseguido lo bueno y lo malo del mito americano del éxito: llegar pronto, irse rápido.

La prematura muerte de Keegan recordó a muchos el comienzo de *Love Story* de Erich Segal, donde un Oliver Barrett devastado por la pena no tiene palabras para expresar lo que siente dentro de sí: "¿Qué se puede decir de una muchacha de veinticinco años que murió? Que era hermosa. Y terriblemente inteligente. Que adoraba a Mozart y a Bach. Y a los Beatles. Y a mí". Keegan tenía veintidós años. Era hermosa, como se ve en la fotografía que ilustra este artículo, y terriblemente inteligente. Pero, sobre todo, adoraba la vida. Y a su novio, Michael Gocksch, que salió ileso del accidente. Pocas veces un amor tan breve prometió un recuerdo tan duradero.

'Lo contrario de la soledad' es un compendio de artículos y relatos que Keegan dejó escritos antes de morir, y donde se ve que le tenía ganas (y miedo) a la vida: "No tenemos una palabra que designe lo contrario de la soledad, pero, si la hubiera, definiría lo que yo quiero en la vida. Aquello que estoy agradecida y honrada de haber encontrado en Yale, y lo que me da miedo perder cuando mañana, después de la graduación, me despierte y abandone este lugar. […] Pero que nadie se confunda: los mejores años de nuestras vidas no los hemos dejado ya atrás. Forman parte de nosotros y se irán repitiendo conforme nos hagamos mayores y nos mudemos a Nueva York o de Nueva York y lamentemos vivir o no vivir en Nueva York. Tengo pensado seguir saliendo de fiesta a los treinta. Tengo pensado divertirme cuando me haga mayor".

Marina Keagan.

Keegan no se mudó a Nueva York, tampoco consiguió hacerse mayor. Pero no le hizo falta. A sus veintidós años ya sabía lo que a algunos les lleva toda la vida darse cuenta: "Toda noción de los mejores años de nuestra vida es producto de los tópicos 'tendría que haber…', 'si hubiera…', 'ojalá'. […] La idea de que ya es demasiado tarde para hacer cualquier cosa, la que sea, resulta cómica. Qué disparate… No podemos, no debemos perder la ilusión de que todo es posible porque, en el fondo, es lo único que tenemos". *Lo contrario de la soledad*, el artículo que da título al libro, se cierra con una frase premonitoria: "Vamos a hacer que pase algo en el mundo". Ella, sin saberlo, lo hizo, o al menos se aproximó a algo parecido con *Lo contrario de la soledad*, un libro de poco más de doscientas páginas que se pegan a nuestra piel por los restos.

Próximo prójimo

A principios de marzo la editorial Alfaguara publicará la última novela del escritor francés David Foenkinos, *Charlotte*, galardonada con el premio Goncourt des Lycéens y el premio Renaudot en 2014. Foenkinos es un autor al que últimamente le llueven los elogios y le buscan hueco al lado de grandes como Daniel Pennac, Emmanuel Carrère o Frédéric Beigbeder. Con su octavo libro, *La delicadeza*, obtuvo diez premios. En su última novela, Foenkinos narra la vida de Charlotte Salomon, una pintora alemana de origen judío que dejó Berlín tras una infancia marcada por las tragedias familiares y una relación amorosa que la marcó profundamente. Charlotte puso rumbo a Francia en 1938 huyendo de los nazis. Allí comenzó a crear una obra única que mezcló pintura, teatro y música. Al saberse de nuevo en peligro confió sus cuadros a su médico, a quien confesó: "Es toda mi vida". Murió en Auschwitz a los 26 años, embarazada de cinco meses.

Amalgama

JUAN EZEQUIEL MORALES

Las neomáquinas de Turing

Alan Turing desarrolló la máquina conceptual de cómputo que constituyó el principio de los ordenadores actuales

En filosofía en el pasado siglo, estudiábamos sobre las máquinas de Alan Turing sin saber que, quien debió morir como un héroe, lo hizo como un delincuente, acusado por una nación que, después de haber ahorrado gracias a él 14 millones de muertos más a la guerra mundial, se lo agradeció induciéndolo al suicidio por homosexual, entre otras 49.000 personas condenadas a la cárcel a lo largo de dos siglos por este motivo. Esta incuria no se conoció hasta 50 años después, ya entrados en este siglo XXI y, por tanto, fue omitida para quienes le estudiábamos y admirábamos, y entonces hemos sabido, una vez más, de las miserias eternas que causan quienes gobiernan a sus obreros físicos y psíquicos. Alan Turing desarrolló la máquina conceptual de cómputo que constituyó el principio de los ordenadores actuales. Esta máquina fue descrita por Turing en 1936, en el artículo *On computable numbers, with an application to the Entscheidungsproblem*, publicado en *Proceedings of the London Mathematical Society*, estudiando el planteamiento de David Hilbert acerca de si las matemáticas son decidibles, o sea, acerca de si existe un método que teste si una sentencia matemática es cierta o no. Turing basó su máquina en una cinta sobre la que se escribe información con una cabeza lectora y grabadora que sigue un conjunto de reglas fijas para moverse, leer y escribir sobre la cinta. El número de caracteres distintos que puede escribir y el número de estados que la cabeza lectora puede adoptar, son los dos parámetros que marcan la máquina de Turing, de forma que una máquina de Turing 2,3 es la que adopta 2 estados y 3 caracteres. En los años cincuenta, en los que se sabía que la máquina Turing 1,2 no era universal, se planteó cuál sería la máquina de Turing más sencilla con capacidad de cómputo universal, y a principio de los sesenta Marvin Minsky demostró que una máquina de Turing 7,4 tenía esa capacidad. En los ochenta Stephen Wolfram, creador del programa *Mathematica*, encontró que la máquina de Turing 2,5 era universal. Se empezó a sospechar que la computación podía partir de bases tan simples que debería encontrarse en la naturaleza. Wolfram creó un premio para quien demostrara que la máquina Turing 2,3 es universal, el cual ganó en 2007 el estudiante de electrónica y computación Alex Smith, de la Universidad de Birmingham. En los años setenta se buscaron los autómatas celulares, y el matemático John Conway fabricó el denominado juego de la vida con un diseño de autómata celular propio, que publicó en la revista *Scientific American*. La observación que interesa es cómo la vida es un juego que se puede esquematizar con una pequeña máquina de Turing. A partir de ahí se crearon los juegos de ordenador, que se complicaban *ad infinutum*. En 1986, Chris Langton creó la hormiga de Langton, con dos estados, viva o muerta, y que era Turing-completa, y evolucionaba a patrones sencillos y simétricos en los primeros cien pasos, o al caos durante unos 10.000 pasos, o a un orden emergente que se estabilizaba en 104 pasos. Turing, Alonzo Church, Hilbert y los matemático-filósofos que formalizaron las matemáticas en esos momentos cruciales del despertar de la ciencia, arrinconaron a los autómatas como máquinas que no pueden pensar. Y actualmente se trata de buscar la formalización descriptiva de que las máquinas sí pueden pensar, una vez insertadas en ellas mecanismos de decisiones físico-cuánticas y una serie de principios emergentistas en los que se opere más allá de los trillones de datos por milisegundo. En esos extremos, que no se han reproducido hasta la fecha sino en organismos vivos, probablemente encontremos máquinas de Turing pensantes, y entonces, el mundo humano cambiará muchísimo más de lo que lo ha hecho hasta ahora.